

En otra oración tan conocida como tierna, la Iglesia con todos sus hijos se coloca bajo el patrocinio de María, implorando su asistencia: *Sub tuum præsidium confugimus.*

En otra parte la ruega que venga en socorro del pecador que, deseando levantarse, no se lo permite su flaqueza, antes bien le obliga á caer de nuevo: *Succurre cadenti, surgere qui curat populo.* Santa María, la dice, enjuga nuestras lágrimas, consuela á los desgraciados, y anima á los tímidos: *Sancta Maria, succurre miseris, juva pusillanimes, refove debiles.* ¡Ojalá sientan todos los hombres los efectos de tu protección: *Sentiant omnes tuum juvamen!*

No paran aquí las súplicas de la Iglesia. Repasad la antigua y dulcísima plegaria de la *Salve*, y veréis cómo la Iglesia se complace en multiplicar allí las locuciones más propias para inspirar al género humano una ilimitada confianza en la mansedumbre, bondad y misericordia de María. Pero donde más explícita se muestra acerca de este punto, y donde manifiesta todo lo que aguarda del poder y clemencia de nuestra divina Madre, es en aquel versículo de la Letanía en que la aclaman *Asilo de pecadores: Refugium peccatorum, ora pro nobis.* Denominación halagüeña, que ha venido á consagrar solemnemente nuestro Santísimo Padre Pío IX, coronando la interesante imagen de María que lleva tan dulce distintivo.

Testimonios son bien significativos, por cierto, éstos que acabo de citar. ¿Y qué diríais si os pusiera ahora de manifiesto lo que han escrito sobre la misericordia de María los más ilustres Doctores de la Iglesia? ¿Qué diríais si pudieseis leer los términos magníficos con que todos á porfía ensalzan la gloriosa cualidad de que venimos tratando? No podríais menos de admirar lo que San León afirma, á saber: Que «el trono de María tiene su asiento en la misericordia, y mejor dicho, que María es toda misericordia y caridad.» No podríais menos de sorprenderos al oír á San Agustín que aclama á María «esperanza de aquellos que han perdido la esperanza;» y á San Buenaventura, cuando dice que «no sólo es María refugio de pecadores, sino que los adopta por hijos, comentando prácticamente la palabra de Jesucristo Nuestro Señor en la cruz.»

Muy consolador es también el pensamiento del venerable Pedro de Blois, cuando significa que «María es el gozo de aquellos que no conocen la felicidad en la tierra; y que cuando ya no puede ser refugio de nuestra inocencia, continúa siendo el paraíso de nuestra penitencia.» Terminemos esta serie de testimonios con el del gran siervo de María San Bernardo: «Desdichados pecadores de la tierra, dice, confiad, porque delante de nosotros ha subido al Cielo nuestra poderosa Abogada. Siendo Madre de misericordia y Madre del Juez que nos ha de sentenciar, nos defenderá maravillosamente para que no seamos condenados... Hijos míos, añade en otra parte, hablando con sus religiosos; queridos míos, ved en María la escala de los pecadores y el único fundamento de mi esperanza...» El pecador, por criminal que sea, no puede perecer si María le socorre con su patrocinio,

pues de seguro hará que se arrepienta, ayudándole á alcanzar el perdón: *Nemo tan nimis peccator peribit, cui Mariae patrocinii suffragium præstiterit.*

Lo que San Bernardo dice en tono absoluto, puede parecer aventurado; y con todo, H. M., este Santo Padre dice la verdad. La experiencia se ha encargado de justificar su proposición.

La historia contemporánea de la Archicofradía, fundada en una iglesia parroquial de París, demuestra el cambio radical obrado en aquella feligresía, situada en medio del distrito más poblado y de mayor movimiento de aquella inmensa capital, y cuyos habitantes pasaban en otro tiempo el día en el torbellino de los negocios y la noche en el de los placeres, vivían enteramente olvidados de Dios, no teniendo tiempo siquiera para pensar en él. El camino de la iglesia les era tan desconocido, que ni aun los días de fiesta acudían á ella. El templo estaba lleno de soledad, de la soledad del sepulcro. Esto sucedió hasta 1836. El día 11 de Diciembre del mismo año el venerable párroco de aquella basílica, abandonada con ser la primera y principal de París, encomendó con un fervor especial á la Santísima Virgen la suerte de su pueblo, fundando el propio día, como testimonio anticipado de su gratitud, una asociación en honor de la Santísima Virgen. Dos meses después ya se hallaba la iglesia más concurrida; y al terminar el año 37, no era suficiente para contener el número de fieles que asistía á la misa conventual del domingo y á los oficios de la tarde. Desde el día en que la primitiva asociación se trasformó en archicofradía, toda la parroquia mudó enteramente de aspecto; y hoy el modesto santuario de Nuestra Señora de las Victorias es el centro de donde se esparcen sobre todo París, sobre Francia, sobre Europa, sobre el mundo entero, excelentes obras de caridad.

Hé aquí, H. M., una demostración bien palpable de la verdad que encierra el dicho de San Bernardo. Pero, gracias al Cielo, no es ella sola. Después de esta conversión general, las conversiones particulares no han cesado, contándose por miles aquellas de que se tiene noticia. Hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, pobres y ricos, paisanos y soldados, sabios impíos, incrédulos por interés ó vanidad, individuos de todas las clases de la gran familia de los pecadores, han venido á pagar tributo á la gloria de María Santísima y á la verdad de la palabra de su siervo Bernardo. Y esto no sólo en un determinado país, sino bajo todas las latitudes del globo, en las regiones colocadas á los cuatro vientos del cielo, en las islas y en los continentes, en cualquier punto donde mora algún asociado de los diez y ocho millones que componen actualmente la archicofradía. Cuando la oración de estos pacíficos conquistadores de almas sube al trono de María demandando la conversión de los pecadores, es de ver, H. M., con qué inefable cariño, con qué delicado esmero, con cuán constante solicitud, con qué eficacia, en fin, influye María por aquellos en favor de los cuales se implora su piedad.

Quiero citaros para prueba la conversión de uno de estos pecado-

res, cuyos desórdenes y persistencia en ellos, cuyo abuso de las gracias y endurecimiento que de él proviene, dan doble realce á la conquista de su pervertido corazón. Compasiva y paciente la misericordiosísima María, como su Divino Hijo, había estado llamando inútilmente á las puertas de este corazón de bronce, cuando hé aquí que sus devotos, parientes y amigos del pecador, acuden á ella. María responde, como siempre, á las súplicas de sus siervos. Por espacio de nueve días, durante los cuales se reúnen éstos para repetir sus oraciones, complácese la Santísima Virgen en estar en medio de ellos. El desgraciado por quien se interesan tiene tanto mayor derecho á su compasión, cuanto más peligroso es el estado en que se encuentra, porque es de saber que una enfermedad mortal le tiene postrado en cama, ocasionándole tales dolores, que, faltar como se siente de resignación cristiana, le hacen prorumpir en imprecaciones y blasfemias. Lejos, pues, de llevarle á Dios esta penosa dolencia, parece alejarlo más de él. El riesgo que le amenaza, riesgo cada día más grave, sugiere á los que de él cuidan la idea de llamar á un sacerdote. Pero, ¿quién le introduce hasta la cabecera del enfermo? Nadie se encuentra con bastante resolución para dar este paso, ni siquiera para proponérselo al enfermo, temiendo, con justo motivo, la reproducción de las violentas escenas que en otras ocasiones le habían puesto á punto de espirar... Sin embargo, se está perdiendo tiempo, mientras la dolencia se agrava por instantes. En tan grande apuro, algunos buenos cristianos que hay en su familia y entre sus amigos, dan principio á la novena que hemos indicado en honor del purísimo Corazón de María, Refugio de pecadores. Al día siguiente el enfermo empieza á mostrarse menos colérico, tratando con sorprendente amabilidad á aquellas personas que cuidan de su asistencia. Prosiguió dulcificándose notablemente el carácter del enfermo los tres días siguientes, y á la caída de la tarde del cuarto se observó que levantaba los ojos al cielo con frecuencia. A estos ademanes no tardaron en seguir hondos suspiros, y aún alguna furtiva lágrima que tenía cuidado de enjugar apenas asomaba, hasta que por último pareció recogido interiormente en profunda meditación. ¿Qué sucedía á este pobre enfermo, cuyas disposiciones tan visiblemente cambiaban? ¡Ah, H. M.! El mismo os lo va á decir, pues de su propia declaración tomo yo los datos para referirlo. María Santísima le sugirió el recuerdo de su niñez, trayendo á su memoria que entonces, y más vivamente en la época de su primera comunión, solía invocar con devota ternura el nombre de la Virgen, costumbre que siguió practicando algún tiempo después. Con sumo trabajo llegó á acordarse de la oración que entonces repetía diariamente, y después había olvidado por completo. No sin cierta satisfacción de su buena memoria consiguió decir «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.» La expresión «en la hora de nuestra muerte» le hizo reflexionar muy de veras. Y con razón, porque la hora de la muerte iba á sonar muy pronto para él. Acerca de esto no podía hacerse ilusión

alguna, estando convencido de que el asirse aún á la esperanza, era lo mismo que apoyarse en una quebrantada caña. Sentía la gravedad de su dolencia, no aliviada, sino acrecentada hacía casi un año: y sobre el conocimiento de su mal, tenía como señales del peligro el abatimiento de sus deudos, la tristeza de sus amigos, el significativo silencio de los que le visitaban, la tenaz observación de los que le servían y el gesto poco satisfactorio de los facultativos. ¡Ay! Demasiado le desengaña todo esto de que su vida va á extinguirse, de que su última hora está cercana... En tan supremos instantes sucedía lo del recuerdo de la Salutación angélica. Haciendo, como he dicho, grandes esfuerzos de memoria, reunió en la imaginación las palabras de que se compone la oración del *Ave María*. Del entendimiento pasaron éstas á los labios, y de ellos descendieron gradualmente al corazón, penetrando en él como el rocío que cae sobre un árido tronco. El pecador, hasta allí endurecido, empieza á sentir consuelo; repite varias veces la ternísima plegaria que acababa de aprender como de nuevo, concluyendo por dirigírsela á María Santísima con las veras con que acostumbra orar un gran pecador que ora por primera vez. María, como supondréis, H. M., no estaba lejos del que levantaba á ella su pensamiento. Aproximándose al pecador, que empezaba á arrepentirse á medida que iba creciendo el fervor de él, inclinaba su corazón de Madre hacia el corazón del que sentía la necesidad de volver á ser su hijo, derramando sobre aquella pobre alma el bálsamo del consuelo. Inspírale remordimientos saludables; aviva la centella de fe por tan largo espacio envuelta; hace renacer y alimenta la esperanza de los bienes eternos; desenvuelve y purifica el amor á Dios, que no tarda en producir el disgusto y la vergüenza por la vida pasada. Después de esto, y una vez allanado el camino de la conversión, no debe haber dificultad en que el sacerdote, tan temido antes, visite al enfermo, y mucho menos si el enfermo mismo manifiesta deseos de conferenciar con él... Concluyamos. El pecador, arrepentido, se confiesa entre lágrimas del más edificante dolor; y cuando la calma ha sucedido á las vivas emociones de la penitencia, el mismo pecador, ya justificado, pide gozoso el Santo Viático y la Extrema Unción, quedando con la serenidad de espíritu, con la satisfacción del alma, con el santo gozo que distinguen á los predestinados.

Con tan santas disposiciones murió este dichoso penitente. No hay duda en que María Santísima perfeccionaría su obra, recibiendo aquella alma enrojecida con la sangre de Jesucristo, en que acababa de lavarse para presentarla al Salvador como un glorioso trofeo de la victoria que, en su nombre y por su gracia, había conseguido sobre la antigua serpiente. Aún ahora podemos creer que su mirada maternal descansa satisfecha en aquella misma alma, arrancada de las fauces del infierno.

Quiero dejaros, H. M., bajo la impresión de este suceso, cada circunstancia del cual tuvo su confidente ó su testigo. Concluyo, pues, exhortándoos á que invoquéis el patrocinio de la Virgen María, nues-

tra Señora, que tan fácil es de conseguir como provechoso después de conseguido. Dios vuestro Padre, Jesucristo vuestro Hermano, y la Iglesia vuestra Madre, os han invitado á ello por mi boca. Su voz es demasiado grata para que dejéis de oirla. Agregad á la obligación de obedecerla dócilmente el interés que tenéis en no apartaros de María, y acabaréis de convenceros del bien que os hacéis á vosotros mismos y á toda la cristiandad cuando rogáis por los pecadores, contándoos humildemente en el número de ellos y diciendo con toda confianza á María Santísima: *Refugium peccatorum, ora pro nobis.*

¡Ojala este clamor de nuestras almas sea recompensado con la conversión de un pecador, y sirva para nosotros de prenda de salvación eterna! Amén.

BOLARD.

DISCURSO I

PARA EL DIA 28 DE MAYO.

LA SANTÍSIMA VIRGEN PROTECTORA DE LA BUENA MUERTE.

PLAN.

LA SANTÍSIMA VIRGEN ASISTE Á LOS AGONIZANTES.

PUNTO PRIMERO.—Pruebas sacadas de la Escritura.

SUBDIVISIONES.—1. Antiguo Testamento.—2. Nuevo Testamento.

PUNTO SEGUNDO.—Testimonios de la tradición.

SUBDIVISIONES.—1. Santos Doctores.—2. Ejemplo.

PUNTO TERCERO.—Doctrina de la Iglesia

Ora pro nobis in hora mortis nostræ.
Ruega por nosotros en la hora de nuestra muerte.

(SALUT. ANG.)

LUEGO que hayan pasado para nosotros, H. M., los años que Dios se haya servido concedernos, ha de llegar para cada uno infaliblemente el último y terrible día. Entonces estaremos tristes, abatidos y anonadados, porque veremos próxima é inevitable nuestra muerte.

En aquellos momentos será muy cruel la ansiedad de nuestra alma, al verse entre un pasado desvanecido, un presente que se le acaba, y un porvenir lleno de oscuridad y de tinieblas. Nada hay estable al redor del moribundo; ni sus bienes, ni su casa, ni su familia, porque todo, todo le abandona. Es preciso que emprenda su viaje, solo, por un mundo desconocido; que luche solo contra las angustias de la agonía; porque la ciencia es impotente, los cuidados superfluos é inútiles las lágrimas: la hora de la muerte ha sonado, y es preciso sucumbir.

¿De dónde vendrá el socorro á esta alma desconsolada? Del Cielo, M. A. H., del Cielo y no de la tierra. ¡Oh moribundo! eleva al Cielo tus ojos é invoca á la que es el Consuelo de los afligidos, porque tu aflicción es extrema: *Consolatrix afflictorum.* Ella sola puede ayudarte